

## Crítica

### *Alfabetismo/analfabetismo y clase obrera en la Barcelona finisecular (Una investigación con técnicas de historia oral)*

YOLANDA BENITO GARCÍA

Vilanova, Mercedes (1996). *Las mayorías invisibles*. Barcelona: Editorial Icaria.

Mercedes Vilanova, catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona, expone en este libro la historia de una investigación; la suya propia, emprendida años atrás, sobre el abstencionismo en las elecciones durante la Segunda República. Barcelona será el marco final de referencia en el que se centra el estudio, tomando como muestra «representativa» diversos personajes que vivieron la historia de entonces, y hoy le cuentan su propia historia a la autora, en el curso de elaboradas entrevistas que se fueron depurando hasta lograr el resultado deseado.

Esta obra se divide en dos partes principales. En primer lugar encontramos una explicación detallada por parte de la autora de la investigación llevada a cabo (motivos que la impulsan, núcleo del estudio, recogida y tratamiento de la información, temas clave extraídos de las entrevistas, conclusiones). Todo ello condensado en los tres primeros capítulos.

En segundo lugar la autora incluye una serie de entrevistas llevadas a cabo, veinticuatro en total, base inicial sobre la que intentó apoyar su tesis, hasta descubrir el camino distinto al que conducían. Tras someter las respuestas de los entrevistados a distintas y variadas interpretaciones, la autora decide editarlas siendo fiel a su contenido, adoptando así, como método, las fuentes orales y exponiendo sus frutos al lector con el fin de que él mismo extraiga sus propias conclusiones. Concede voz propia a cada historia. Se acerca a cada uno de ellos, persiguiendo ahondar en sus vidas, para desaparecer después, oscureciendo su juicio, apartándose para otorgar visión a las mayorías que durante tanto tiempo no la tuvieron, tornándose así *invisibles*.

Mercedes Vilanova nos presenta un enfoque radicalmente nuevo de un tema clásico: el abstencionismo en las elecciones de la Segunda República.

La diferencia principal de esta nueva visión es, no sólo un exhaustivo estudio tanto historiográfico como estadístico, sino el acompañarlo de la historia viva. Pretende así dar a conocer a los protagonistas principales de esta historia para que nos descubran su propia verdad, que no parece coincidir con la versión más promulgada por los estudiosos: el anarquismo como motivo abstencionista fundamental.

Estas entrevistas parecen abrirnos los ojos a un nuevo mundo, el mundo del analfabetismo. Una situación donde se ve coartada la normalidad y donde la dependencia es inevitable. Una circunstancia que restringe la vida.

El analfabetismo es la piedra de toque en torno a la que gira toda la obra. Una realidad con múltiples implicaciones para la mujer, la distinción de clases o la comprensión del movimiento obrero.

Son aquellas mayorías oprimidas que no pertenecían a uno ni a otro bando, sino que sólo pretendían subsistir, y la abstención o el voto era una forma más de lograrlo.

Son personas que se esconden en la vergüenza de su situación. Que prefieren hacerse invisibles, antes que desvelar su verdad. Se sienten anormales o discapacitadas y buscan la manera de remediarlo apoyándose en quienes sí están alfabetizados, ocultándose en su «sabiduría».

La autora los extrae de las sombras, no sin gran esfuerzo, debido a la oposición de muchos. Nos desvela sus verdaderos intereses y su auténtica representatividad. Nos sumerge así en un mundo que es nuestro pasado más cercano, silenciado siempre en los manuales de historia.

Pero, ¿cómo llegar hasta lo más profundo de estas personas ocultas? Los archivos nos muestran datos, pero únicamente los protagonistas de cada historia pueden hacernos comprender lo que sucedió en realidad. Para ello es necesario acudir al trabajo de campo, utilizando la entrevista como técnica de investigación. Un trabajo nada fácil que pretende introducirse en terrenos escabrosos. Aquí el entrevistador juega un papel fundamental en el acercamiento a estas verdades íntimas que se ponen al descubierto.

Pero por muy hábil que haya sido en este caso la entrevistadora, por muy bien que haya sabido manejar a los confidentes de esta historia, no podemos quedarnos en lo que vemos. Debemos ir aún más allá, como ella misma nos aconseja, escuchar los silencios, descubrir verdades a medias y vislumbrar hechos ocultados por miedo o pudor.

El analfabeto persigue sentirse normal, sentirse uno más, pero quizá nosotros mismos, los alfabetizados, somos quienes les hacemos sentirse de otra manera. Ellos intuyen nuestros prejuicios, son el reflejo de una imagen que les persigue. Son el resultado de una sociedad que ya les ha etiquetado. Ocurre así el fenómeno que menciona la autora, que consiste en que el entrevistado se convierte muchas veces en espejo de lo que nosotros mismos pensamos.

En esta investigación se produce un hecho sorprendente. El investigador que busca sólo confirmar lo que la documentación ya ha demostrado, a través de la entrevista, se encuentra con que se derrumban todos los esquemas que trabajosamente había elaborado y se subvierte casi todo cuanto se había escrito. Descubre entonces mitos y falsedades que sólo los protagonistas pueden desvelar.

Éste es uno de los hallazgos que impresionó a la autora: la fuerza de la historia oral. El mundo bibliográfico en que se había basado se desvanece, se convierte en letra muerta para dar paso a un importante y desconocido tesoro: «La memoria de las gentes más sencillas, un buen compañero del historiar».

Unido a lo anterior, detalla el descubrimiento insólito en la Diputación de Girona de las actas electorales de todos los municipios de la provincia para todas las elecciones, desde 1869 hasta las de la Segunda República, con sus censos electorales y sus listas de votantes completas. Podría, pues, consultar y fotocopiar sin reservas los documentos electorales de los años treinta sobre los que versaba una dura polémica historiográfica. Así comienza la extensa andadura de Mercedes Vilanova en pos de una verdad oculta, dejando atrás la explicación anarquista del abstencionismo electoral para adentrarse en una razón de tipo cultural, centrada en el analfabetismo reinante en la España de la época. Consigue destacar la importancia del analfabetismo para explicar una parte de la abstención, pues la *correlación entre abstención y analfabetismo de los hombres*, en abril de 1931, fue muy elevada.

Como aspecto candente en esta controversia aparece el tema de la mujer, en el que se detiene especialmente la autora, marcando el énfasis en su situación de inferioridad y discriminación con respecto al hombre. Muestra de ello es la polémica que suscitó la concesión del derecho de voto a las mujeres. Ante esta cuestión surgían interrogantes como los siguientes: «¿eran las mujeres iguales a los hombres?, ¿su voto valía lo mismo?, ¿qué ocurriría si todas participaban?». Algunas de las entrevistas con mujeres se vieron truncadas al llegar a este punto, muestra de la importancia que le concedieron. Los dueños de las fábricas en que trabajaban las mujeres preferían que éstas no acudiesen a las urnas. A su vez, eran sometidas a un estricto control por parte de sus padres, maridos o hermanos para impedir que ejercieran su derecho al voto o para manipular el mismo en su propio beneficio.

Es a lo largo de la primera entrevista cuando la autora percibe los contrastes entre testimonios orales y elaboraciones escritas. Se trataba de una obrera analfabeta del sector metalúrgico, afiliada a la CNT y que votó siempre durante la República. Ella negaba cuanto se sabía documentalmente, en concreto el dato sobre su afiliación sindical y su trayectoria electoral. Mentía, y el abismo creado entre entrevistadora y entrevistada fue debido, en consideración de la autora, al analfabetismo absoluto de la segunda frente a la alfabetización de élite de la primera.

Pero, ¿qué significa ser analfabeto?, se pregunta la autora. ¿cómo sienten el tiempo y la historia? Entre la población analfabeta, concluye, lo más decisivo es la tentación de «invisibilidad», para ocultar que no saben leer o firmar, para esconder su incapacidad de lo que ellos llaman «normales». Se esconden, pretendiendo no ser vistos, pero a un tiempo se adaptan, sobreviven en su mundo de ignorancia, trabajan e incluso ascienden socialmente; sin embargo, siempre se enfrentarán a un problema de estatus social y por ello intentan «escabullirse» entre la masa que conforma la sociedad.

A lo largo de las diversas entrevistas descubre en el pensamiento de los analfabetos una barrera cultural más importante aún que la económica. Ninguna persona con las que habló aprendieron a leer para trabajar, sino movidas por inquietudes de tipo cultural, por su deseo de participar del ocio, para poder entender el cine mudo, para relacionarse con sus novios o maridos que estaban en el frente. Los hom-

bres se alfabetizaron para poder participar en las actividades sindicales, no para trabajar. Ni hombres ni mujeres consideraban necesaria la alfabetización para su aplicación al puesto de trabajo, debido, sin duda, al carácter manual del mismo, frecuentemente trabajo en cadena, carente de creatividad y pensamiento, en el que la mente no intervenía, únicamente el cuerpo, tantas veces enfermo, pero resistente a las penurias.

Resulta escalofriante percibir el sufrimiento escondido en la realidad del analfabetismo. Entrar en contacto con su dolor, su sentido de culpa y vergüenza, su inseguridad y limitación, de la que la mayoría de analfabetos es consciente. Es la cruz que llevan arraigada, más malvada que el hambre, la miseria o la injusticia. Seres que se autoperceben inferiores a los otros, los alfabetizados, «más listos, ante quienes no tienen mejor defensa que el silencio o los tópicos». Algo impensable hoy, para los que pasan su vida entre la escuela, la universidad, la formación permanente. Para los que ni una letra se les ha negado, ni un libro censurado, ni una pluma arrebatada. Para los que no comprenden un mundo sin cultura, sin historia escrita, sin pensamiento expresado.

La analfabetización de la mujer es uno de los temas en los que se centra preferentemente M. Vilanova, claramente inclinada hacia el sector femenino. La mujer distinta al hombre, alejada de su plano, a su sombra, marginada, inferior. Marginación que se acentúa con su analfabetización. Discriminación hasta el extremo de que una mujer alfabetizada continúa siendo inferior que un hombre analfabeto. Con insistencia se ha impedido que las mujeres accedieran a la alfabetización primero, a la lectura no controlada después y, finalmente, a la información laboral y política. Se plantea aquí la importancia de la alfabetización, su utilidad social. Es decisiva para acceder a distintas opciones laborales, evitar así el trabajo más duro. Por otra parte, favorece la información a través de la lectura de la prensa, la comprensión de los medios de comunicación de masas. Facilita el aprendizaje y adaptación al mundo que le rodea, entrando a formar parte del mismo. La imposibilidad de acceder a la información es la miseria que han sufrido y aún padecen las mujeres. Por eso se ha perpetuado el analfabetismo. Resultaba «conveniente». Los padres no se preocupaban de la formación de sus hijas, los varones tenían prioridad, su alfabetización no era necesaria en las fábricas, abocadas sin remedio a un trabajo manual y monótono no necesitado de letras. Por otra parte, su supuesta ignorancia, y la de muchos de sus compañeros, garantizaba su pasividad política y laboral.

Entre las páginas del libro queda también desvelada la intención profunda de la autora con respecto a su investigación; los motivos personales que la guiaron a emprender este estudio; su deseo de encontrar a las grandes mayorías explotadas, próximas e invisibles; su fascinación por las «masas» lejanas, por las caras de los más pobres; «pensaba que estudiando las comprendería. Paradójicamente, las entrevistas con personas analfabetas me han hecho descubrir que estos hombres y mujeres son la respuesta histórica que durante tantos años he buscado».

El segundo capítulo del libro se centra en la exposición minuciosa sobre el método de recogida y tratamiento de la información. Diez años dedicados a diseñar el

perfil de los abstencionistas durante la Segunda República; diez años buscando los analfabetos que se esconden, debido a la presión social. En este punto destaca la autora la importancia que se impone conceder a la estadística, con el objeto de no caer en la «anécdota trivial». Todos los entrevistados trabajaron en su día en la misma fábrica, en Rivière. Cuarenta y ocho personas fueron entrevistados (24 hombres y 24 mujeres). Narra la autora los distintos recibimientos que le dieron las diversas personas; hostiles unos, cerrando incluso su puerta; amables otros, dispuestos a recordar con ella y para ella.

Un encuentro no exento de dificultades, alejada en muchas ocasiones la colaboración de los personajes elegidos. Resulta admirable el tesón de una investigadora que a pesar de lo problemático y arduo del estudio no se rindió ante la dificultad, conduciendo siempre su proyecto hacia adelante, aun conociendo el riesgo con el que se enfrentaba al plantear un tema tan delicado y controvertido; aun hallando puertas cerradas y rostros alargados diciendo no al diálogo.

La técnica empleada para acceder a cada una de las personas seleccionadas no resulta nada fácil. Así nos habla la autora de las entrevistas: «son difíciles, a veces tensas e inacabadas siempre. Porque las palabras brotan lentas, imperceptibles o como cascadas».

Buscó a las grandes multitudes que no son fácilmente visibles ni dejan rastro escrito. Reflexionando sobre las fuentes orales destaca la autora: «Las fuentes orales fuerzan a contemplar el pasado desde el hoy. Acceden a la percepción de la realidad ajena tamizada por velos sucesivos tendidos por el tiempo transcurrido».

Historia oral e historia escrita se enfrentan en esta investigación. La autora había recogido durante años una exhaustiva documentación de guerra, había elaborado las estadísticas económicas, sociales y políticas y consultado una extensa y variada bibliografía. A partir de aquí, las entrevistas únicamente aclararían aspectos oscuros, cubrirían lagunas de documentación, o completarían los datos inicialmente recogidos. Nada más alejado de la realidad. Los resultados contradecían todo lo previsto. Arrojan una nueva luz en el camino de los hechos, giraban las tornas hacia una nueva visión, hacia una interpretación diferente. Comprobaron que los militantes, a través de las entrevistas, «ganaban siempre la batalla de la historia escrita»; proporcionaban una información más completa y abundante, sus recuerdos cubrían todo aquello que los libros olvidaban; y su mente permanecía viva y dispuesta a mirar atrás. Pero lo que contaban no resultaba tan importante como lo que no se decía. La entrevistadora aprende así a «escuchar» el silencio, la ausencia de palabra en los que durante tanto tiempo han carecido de voz; aquellos que desean pasar desapercibidos, porque sus vidas «no son interesantes» ni recibirán nada a cambio. Y en esta búsqueda de lo que no se puede escuchar, de lo que no se puede ver, descubre la autora a las personas analfabetas, senda hacia la que deriva su inicial investigación, ajena entonces a lo que tras ella hallaría.

La entrevista como una posibilidad que no sólo abre las puertas a un mundo ajeno, desconocido para la persona que indaga, sino que permite a su vez el acceso, hasta entonces vedado, a un mundo propio, a la propia biografía; una reflexión sobre su propio relato, al hilo del de los demás.

Ante una investigación de esta envergadura cabe preguntarse por la reacción que experimentaron las personas a quienes se les pidió la palabra. ¿Qué postura adoptaron ante las cuestiones que se les planteaban, habiendo transcurrido tanto tiempo desde que aquellos hechos tuvieron lugar? La autora nos aclara tres situaciones concretas que se dieron en el interés de los entrevistados por mantener un diálogo.

En primer lugar encontró personas «reticentes», que difícilmente accedieron a dialogar y acumulaban falsedades evidentes. Produjeron entrevistas breves e irrepetibles pues se negaron a concertar un nuevo encuentro. Dos polos opuestos se movían dentro de este ámbito: los dueños de las fábricas o bien los que han pertenecido a la mayoría manual analfabeta o alfabetizada. Ambos piensan que son considerados culpables y prima su deseo de alejarse del pasado. No regresar a él.

En segundo lugar aparecen los llamados por la investigadora «complacientes»; personas no comprometidas políticamente, que se expresan con facilidad y creen haber ascendido socialmente. En este caso, las entrevistas son más largas y pueden repetirse sin problemas.

Encuentra por último a los «militantes», que recuerdan bien sus luchas. En palabras de la autora: «Silencian u ocultan para conseguir que la realidad se acomode a sus deseos o para influirnos a fin de que escribamos la historia de acuerdo con sus expectativas». Estas entrevistas son largas y pueden repetirse si resulta necesario.

Para finalizar esta primera parte de la obra M. Vilanova hace referencia a los temas clave que protagonizaron el rumbo de las conversaciones con los entrevistados. Recoge sus principales preocupaciones, sus verdaderos intereses, los aspectos altamente destacados a lo largo de sus vidas, sus experiencias, su realidad histórica, personal y a un tiempo universal, pues nos habla de ámbitos candentes y asombrosamente actuales aun en nuestros días, cuyo rastro configura la historia de nuestro país, tantas veces desconocida.

Al escuchar, sus voces nos transmiten el hambre padecida, preocupación constante que les acompañará toda su vida. Se consideran, ante todo, como una boca que hay que alimentar. El hambre provocó dos acontecimientos clave que les marcarían el resto de sus vidas: el trabajo infantil y la emigración; unido a un precepto «sagrado»: no robar. «Porque lo primero que hay que enseñar a los hijos es a no robar».

Llama la atención el poderoso arraigo en aquellas gentes de estos principios morales, que incluso en circunstancias extremas no aceptaban lo ajeno. El triunfo de la honradez aun en lo más profundo de la miseria.

Escuchamos también relatos sobre un tema ahistórico, desgraciadamente vigente en la actualidad: el trabajo infantil. Niños y niñas eran sometidos a los trabajos más duros, descender a las minas y sostener el candil, transportar capazos de tierra, pastorear, los primeros; y trabajos domésticos como el cuidado de la casa y la familia, para las segundas. Subraya así la autora la marginación temprana, afectiva y laboral de las mujeres, que ya de niñas se inician en las tareas de la casa y en el servicio doméstico, y les perseguirá el resto de sus días, hasta que la enfermedad

se lo impida. Marginación que hunde sus raíces en tiempos pasados, inmemoriales, abocadas por siempre a un destino inferior, sometido al del hombre y su antojo, y continúa extendiéndose hasta el tiempo actual. Temas de ayer y de hoy que no lo gran cambiar del todo.

El hambre causa la emigración, otro gran problema de la época, cuyas verdaderas consecuencias sobre los que lo sufrieron no alcanzamos a conocer. La mayoría de los entrevistados narran su experiencia en positivo. Acuden a Barcelona desde distintos puntos de España, y esta ciudad aparece ante sus ojos como la «tierra prometida». Allí habrá trabajo para todos, incluidos mujeres y niños. Será la puerta que se abre a la liberación; libres al fin de la miseria, de un trabajo opresor que da la mano siempre a la enfermedad, y después, la muerte. Llegan así a Barcelona, cargados de sueños e ilusiones, para encontrar que nada es lo que parece, para hallar también explotación en su seno, para no salir de allí jamás.

La mujer emigrará desde niña. Acuden a servir a pueblos cercanos, enviando todo lo que ganan a sus familias. No queda nada para ellas. Sometidas a estricto control por parte de los padres y aisladas en su mundo doméstico, eternamente a ellas reservado, no se alfabetizarán. En cuanto ven el momento, huirán de ese espacio cerrado y asfixiante, bien a través del matrimonio, en el que, paradójicamente, continuarán ejerciendo el mismo rol, sirviendo en este caso a sus maridos; bien buscando un nuevo trabajo en las fábricas, considerado por todas como una «liberación». Falsa liberación que encubre la explotación, en otro ámbito distinto, pero explotación al fin. Continúan bajo el mando incuestionable de los hombres; laboralmente son despreciadas por sus compañeros, que las consideran inferiores; les son negados puestos de responsabilidad laboral o sindical. No cuentan. Y la postguerra llegará para devolverlas al servicio doméstico, impidiendo su trabajo en fábricas. Un único destino.

Al adentrarnos en la segunda parte de este libro, nos encontramos con una selección de biografías, que no pueden dejarnos indiferentes. Dentro de estos se establece una clara frontera entre los alfabetizados y los analfabetos. Aunque todos coinciden en el tipo de trabajo que desempeñan a lo largo de su vida. En su mayoría empiezan con trabajos muy duros que suelen consistir, en el caso de los hombres, en trabajos en la mina o en el sector agrícola. Las mujeres en cambio provienen en la mayor parte de los casos de «servir». Siempre, por supuesto, empezando a trabajar en edades que hoy serían consideradas como trabajo infantil.

Tras esta etapa nos encontramos con la vivencia de la emigración forzada por la necesidad. Para todas estas personas llegar a Barcelona, una ciudad próspera donde abundaba el trabajo, supuso una gran alegría. Pero poco a poco se dieron cuenta de que allí la vida era difícil y el trabajo duro. Especialmente explícitas resultan las palabras de Manuel Aparicio, alfabetizado y militante: «Tan pocos recuerdos buenos hay. Me ha tocado trabajar siempre. Faenas lo peor, duras siempre». Oyendo sus relatos acerca de su trabajo en la mina y más tarde en la industria, no resulta extraño escucharle afirmar que esta es la mejor época de su vida, a pesar de sus dolencias.

Otro punto en el que coinciden también muchos de los entrevistados es el de la mejora de las condiciones de trabajo tras la República. Encontramos así comentarios al respecto en los militantes que dicen cosas como: «Había más libertad y ya cambió todo», «Había otra libertad. No te apretaban tanto y podías ir con un poco más de libertad por la calle», «Con la República mejoró todo, los sueldos, el bienestar. Todo para los trabajadores, que trabajábamos casi todos»

En la cuestión política y de voto es donde aparece una frontera más clara entre analfabetos y alfabetizados. Los alfabetizados muestran en muchos casos algún interés o preocupación por temas políticos. O, al menos, cierta decisión propia a la hora de votar.

En los analfabetos, prácticamente en todos los casos, aparece el voto como una manifestación de su deseo de ser «normales», de integrarse. Observamos así un claro desinterés, falta de decisión propia y total dependencia de lo que dicen quienes les rodean, bien sean los cabecillas de partido, el señor, la sociedad en general o sencillamente sus maridos. En este último problema encontramos por supuesto un claro problema de género, donde la mujer juega un papel secundario, primero a la hora de ser alfabetizada y más tarde a la hora de ejercer derecho al voto recién conseguido. En este sentido es muy clara la expresión de Gertrudis Morales (analfabeta): «Votar no es cosa de mujeres ¿esa qué hace?, dirán...Yo votaba lo que votaba mi marido. Lo que votaba él votaba yo».

Pero volviendo a lo expuesto sobre el desinterés son aún más claras expresiones como: «Me sindicué, claro, no tenía más remedio» o « Ir a votar es una cosa que dicen que hay que hacer, pues se hace y ya está».

Actitud dependiente en suma, fruto de un analfabetismo que les arrebató su autonomía, la posibilidad de conducir su vida allá donde se propongan, que les convierte en masa invisible, anhelando pasar desapercibida, ocultarse a los ojos de un mundo diferente, que ha contribuido en la construcción de su propio drama; y ante los resultados, únicamente sabe volver la espalda.